|  |
| --- |
| **El país de eternos examinados** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 10 / 2004 |
| Competitividad total y globalización son conceptos que pertenecen al mundo de las empresas, o los departamentos de economía de prestigiosas universidades. Sus implicancias llegan a adultos jóvenes que luchan por hacerse un lugar en la foto del siglo XXI y no perder el tren del próximo milenio. Ahora o nunca, ¡a competir se ha dicho! Los ecos de la batalla también llegan hasta los predios de la llamada mediana edad, plena ahora de ciudadanos que miran por encima del hombro y temen que en cualquier momento alguien más joven y capacitado les quite el puesto. Ingresar en la universidad, ser aceptado en un trabajo, o sobrevivir la próxima reorganización, reingeniería o adelgazamiento organizacional, es parte de todo el asunto. Para eso sirven exámenes, evaluaciones y selecciones a las que nos sometemos un día sí y... otro también.  Esa suerte de darwinismo parece inevitable en el caso de los mayores, digamos, de 16 años. Aunque habría mucho que decir al respecto, la resignación parece ser nuestra única salida frente a las baterías de pruebas, escrutadoras entrevistas y observaciones. Al fin y al cabo, podemos pensar, la vida es una competencia permanente. Pero, ¿qué hay de los niños? A juzgar por la cantidad de cuadros psicosomáticos, depresiones tempranas y otras manifestaciones que suponíamos no son propias de la niñez, los menores de 16 también están sometidos a la presión de la selección. Claro, nos ven a nosotros, escuchan lo que decimos y atienden a todas las admoniciones, premoniciones y advertencias sobre la futura batalla, cuchillo entre los dientes, para ganar el futuro.  Además, están los exámenes de ingreso... al colegio. Aunque la escuela donde uno estudia resulta menos importante de lo que se piensa, por lo menos en relación con el desempeño en la vida, su elección y el éxito para pasar la valla que se encuentra todos los años en sus puertas, consumen casi todas las energías de los padres de niños entre los 3 y 5 años de edad. La cosa comienza más temprano cada año y no me extrañaría que pronto la sala de partos sea el lugar donde se dé la partida. El médico que asiste el alumbramiento podría, por ejemplo, ir entrenando al recién nacido en el tipo de coordinación motora gruesa requerido por una determinada institución escolar como valor agregado a sus servicios. ¡Hoy en día cada segundo perdido es una posibilidad menos!   Pamela y Javier, una pareja de padres jóvenes, estaban desesperados hacia fines del año pasado, ya que su hijo de 4 años, cuando regresaba del nido, no lograba pintar el interior de un círculo sin salirse de los límites. La profesora estaba sorprendida puesto que en el centro educativo, Javier junior realizaba esa tarea sin ningún problema. Pamela trataba de entender qué podía estar pasando y en su intento seducía, amenazaba, imploraba e, incluso, castigaba a su hijo, “Imagínate”, me dijo en una reunión con otros padres del nido, “si se le ocurre portarse así en el examen de ingreso”. Obviamente, Javiercito quería fastidiarla un poco y estaba pidiendo tener una mamá en la tarde ya que en la mañana tenía una maestra.  Así, una parte no desdeñable de la interacción entre hijos y padres gira en torno del famoso examen. Hay que conocer nombres de colores en varios idiomas, saber contar hasta 20, poder escribir su nombre, ser asertivo pero no agresivo y, si es factible, parecerse lo más posible a un niño de propaganda de talco, el equivalente de una chica de propaganda de cerveza. En otras palabras, una versión en chiquito del 007 (sin permiso para matar, por cierto), Macgiver y la novicia rebelde. De esa manera, muchos padres terminan por convertirse en semi profesores o aprendices de managers; y sus hijos, que deberían estar aprendiendo a socializar y comprendiendo a través de la socialización (para eso existe la educación pre escolar), terminan siendo alumnos a tiempo completo: en sus casas, nidos, parques y cumpleaños infantiles.   Mónica, promotora de un nido de Miraflores, está resignada. “Todas las teorías sobre educación pre escolar: la libertad de los chicos, la necesidad de que se acerquen a la vida con placer, las metodologías participativas, todo eso se va al agua porque tenemos que adaptar lo que hacemos al bendito examen. En última instancia nos miden por la cantidad de niños que ingresan a los colegios”, afirma con realismo y la pena propia de quienes tienen que transigir para sobrevivir. “Incluso, como en otros nidos, hemos terminado publicando en una pancarta la lista de los chicos que han ingresado. Misma academia pre universitaria. No me extrañaría que a alguien se le ocurra hacerlo en un periódico”, dice con ironía.  Lo anterior tiene 2 efectos, ambos bastante negativos: por un lado, trastoca roles. Los padres son maestros, los maestros entrenadores, los nidos academias precolegiales, los niños postulantes, y cada vez hay menos tiempo para ocuparse de lo verdaderamente importante en todos los espacios y funciones. Por otro lado, convierte en carrera de velocidad lo que en realidad es prueba de resistencia. Todos sabemos que intentar correr un maratón como si fuera los 100 metros planos conduce a una derrota segura. El desarrollo, intelectual, emocional e interpersonal es un proceso, no un evento que se agota en exámenes y mediciones puntuales.   Pero, ¿qué miden los exámenes de ingreso? Casi con toda seguridad miden... la capacidad para enfrentar exámenes de ingreso. La relación entre esa capacidad y la calidad de la experiencia escolar posterior, la posibilidad para sacar provecho de ella, el potencial para contribuir creativamente con un grupo de otros niños en crecimiento o, incluso, la habilidad para aprender, es, según toda la evidencia seria, poco clara. En todo caso, disculpen la jerga, el valor predictivo de la primera — la capacidad para resolver un examen de ingreso —con respecto de todo el resto — tener éxito en y sacar provecho de la vida escolar —, se acerca bastante a 0.   No vaya a ser, sin embargo, que los exámenes de ingreso a los colegios sean como la democracia: un método terriblemente imperfecto pero el menos malo de los que existen. Cuando la demanda excede la oferta, nos dirán con razón, ni modo: hay que seleccionar. Es verdad, pero las cosas podrían hacerse de otra manera. Por ejemplo, tomando en cuenta evaluaciones periódicas hechas de manera independiente de nidos y colegios; longitudinales, vale decir, a través del tiempo; utilizando criterios menos arbitrarios cuando no abiertamente snobs y huachafos; pensando en el niño como totalidad y no en una muestra injusta de sus conductas. Lo anterior no es imposible aunque sí requiere que maestros, psicólogos y colegios cedan algo de su poder a favor de un poco de imaginación y creatividad. Y que los padres comencemos a hacer oír nuestra voz. Finalmente eso sería un verdadero caso de defensa del consumidor.  ¿Y mientras tanto? ¿Qué pasa con el próximo examen y el que va a seguir? Con franqueza, lo que podemos hacer los padres es tomarlo menos en serio, ponerlo en su verdadero contexto, tomar distancia, establecer con nuestros pequeños su naturaleza de manera clara, explicar lo que se espera de ellos y nuestras expectativas. Y gozarlos, jugar con ellos, pasear con ellos, conversar con ellos, convertirnos en sus interlocutores, ser sus aliados en el maratón que nos ha tocado correr juntos, comentar lo que ocurre a nuestro alrededor, poner en sintonía nuestra curiosidad con la de ellos, responder a sus preguntas, ayudarlos a formular interrogantes, leerles cuentos, inventarles cuentos, escuchar sus tristezas, atender a sus inseguridades, mostrarles cómo se superan obstáculos. Es poco probable que en esas circunstancias no logren encarar una situación como el examen de ingreso a un colegio. Y si aun así no entran... peor para el colegio. Hay otros. |
|  |